

E1 Motin

AÑO XXVIII

Jueves 29 de Octubre de 1908

Núm. 5

SEMANARIO POLÍTICO

Se publica los Jueves

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: 1,50 ptas. trimestre; Año, 5.—PROVINCIALES: 1,50 trimestre; Año, 6.—ULTRAMAR Y EXTRANJERO, Año, 10.

PAGO ADELANTADO

NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTIMOS

Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas

Redacción y Administración, Alberto Aguilera, 34

¡LIBERTAD Y Á ELLOS!

Será en vano cuanto hagan los periódicos clericales para que los lean. Ni Congresos, ni recomendaciones de obispos, ni sermones de curas, ni excitaciones de frailes lograrán que los católicos dejen de leer la *Mala Prensa* y se suscriban a la *Buena*, como llaman a la suya. El tufo que sube a la nariz al agarrar un periódico de esos, tufo a mentira, hipocresía y fanatismo, que para que resulte más repugnante es fingido, retrae hasta de mirarlo a los mismos que se dicen partidarios suyos.

Hay, sobre ésta, otra razón poderosísima; cada católico relativamente instruido sabe por qué es creyente y los puntos que calza su creencia; y supone, y con razón, que los periodistas clericales están a su misma altura; es decir, que no creen en nada. Y exclaman: «¿Qué cosas hacen para comer estos farsantes!»

Queda el vulgo beato compuesto de aquellos que por ignorancia o anemia cerebral admiten hasta el complicado problema aritmético de uno y uno, es uno; pero éstos no leen; rezan. Y sabido es que el que reza no lee. Como el que lee no reza.

Hay además otra razón para que los que aparentan catolicismo lean la *Mala Prensa*. Aparte de que está mejor hecha, es para ellos la fruta prohibida. ¡Y es tan agradable morder esa fruta! En las mismas barbas de Jehová lo hizo Adán, sabiendo que iba a ser por ello desahuciado del Paraíso.

Para probar de una vez, no a los clericales, que están de ello bien convencidos, sino a los demás, de que nunca lograrán tener un periódico importante, basta con apuntar estos datos:

El *Universo*, órgano de la *mesticería*, reparte en Madrid, entre suscripciones y cambios, unos 2.500 ejemplares; a provincias envía de 10 a 11.000. No hay que hacer caso de que lo vocéen en la calle; cada voceador le cuesta una peseta, que ninguno saca de la venta. Y no sé si entre los que reparte en Madrid entran los cinco que manda a ciertos establecimientos, las barberías especialmente. Los obispos le pagan el servicio telegráfico.

El *Correo Español*, órgano del carlismo, reparte en Madrid de 670 a 700, y envía a provincias de 11 a 12.000. ¡Y anda sacando dinero a los correligionarios para comprar una rotativa! ¡Ni Manolito Gázquez!

Y el *Siglo Futuro*, órgano del integrismo, reparte en Madrid de 450 a 500, y envía a provincias de 4.300 a 4.500.

Y esta tirada tan mezquina, tan insuficiente para vivir con dignidad, es todo lo que han podido alcanzar en tantos años de clericalismo los periódicos que simbolizan la *mesticería*, la *carlistería* y la *integristería*, y esto sirviéndoles de propagandistas, voceros y corredores curas, frailes, hermanas, beatas, beatos, los unos en pulpitos, confesonarios, fiestas de Iglesia, los otros en visitas, tertulias, etc.; y contando además con obispos que los recomiendan, al par que prohíben la lectura de los periódicos liberales.

¿No han de chillar los infelices, y rabiar y tronar contra la *Mala Prensa*, y reunirse en Congresos, para pedir por boca de ganosos una *limosnita con mucha necesidad*? Disculpémoslos por aquello que le dijo un robusto campesino andaluz a un joven esmirriado que encontró al paso: «¡Señorito, la jambre es mu mala!»

Y sabiendo nosotros cómo están, y que se odian a muerte los de las tres tendencias clericales, ¿vamos a achicarnos, ni a temer, ni a desesperar? Todo lo contrario. Digamos con jactancia y obremos en consecuencia:

«Somos los más, y los que valemos más y los que podemos más. El día que la prensa liberal forme una liga contra esa gentuza, de verdad y con propósito decidido de barrerla, aquel día acabará la poca influencia

que tienen aún entre los españoles de baja extracción que miran a la Iglesia con los ojos del estómago los unos, con los de la estulticia los otros, y con los de la cuquería los que ven que por el camino de la Iglesia se llega hoy a ciertos puestos y se alcanzan ciertos provechosos.»

¡Libertad y á ellos!

La Buena Prensa

Recomiendo a quienes la redactan que se enteren de si es cierto el siguiente hecho, y si lo fuere, les ruego que condenen conmigo la conducta de quien lo ha perpetrado. Un sacerdote de Manzanares estaba hace pocos días entregado a esa ocupación grandiosa y solemne que los ángeles del cielo envidian a los que se consagran a ella en la tierra, de dar a unas cuantas devotas arrojadas al pie del altar la hostia consagrada en que están contenidos el cuerpo y la sangre del cordero inmaculado que se sacrificó por redimir al mundo.

Al llegar frente a una de las que aguardaban turno para recibir aquel don inestimable, y cuando ya tenía en la mano el manjar angélico, se fijó el sacerdote en la que iba a recibirlo, y desvió bruscamente la mano, depositándolo en la boca de la devota que le seguía.

La que esperaba con el ansia del sediento de perdón y gracia la santa hostia, quedó sorprendida, estupefacta, aterrada, acabando por sufrir un síncope, siendo conducida a su domicilio por unas cuantas personas que se apiadaron de su triste situación.

¿Que quién era ella? ¡Una hermana del propio administrante!

¿La causa de aquella profanación horrible? Que se había casado a disgusto del humilde ministro del Señor.

¿Que a qué pena ha condenado el obispo de Ciudad Real al clérigo que tan despiadadamente trató a la que llevaba su misma sangre, sin respetar siquiera el estado en que se encuentra? A que fuera a pedirle perdón a su casa, y en un día en que estuviera lleno de fieles el templo, le diese la comunión.

¿Ha cumplido el cura esa pena? No.

Ahí tenéis, redactores de la Buena Prensa, un buen asunto para demostrar que estáis animados de un ideal de justicia, no de céntimos, que realmente sois religiosos y no hipócritas, y que tenéis de la eucaristía concepto bien distinto del de este humilde pecador. ¡Porque cuidado si la cosa debe ser gorda para los creyentes verdaderos!

Un sacerdote que allí, en el altar, con la hostia en la mano, recuerda que tiene un resentimiento con su hermana, y no hermana en espíritu solamente, sino en cuerpo también, y airado separa de su boca el pan de vida que ella ansiaba tomar, empujándola así al infierno, y que la ve caer al suelo, aterrada, herida en su corazón, muerta en su alma...

¡Unos versículos del libro sagrado, el 23 y el 24 del sermón de la montaña (Evangelio de San Mateo), que dicen:

«23. Por tanto, si trajeres tu presente al altar, y allí te acordares de que tu hermano tiene algo contra ti,

24. Deja allí tu presente delante del altar, y vete; vuelve primero en amistad con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu presente».

versículos olvidados allí, pisoteados, escupidos ante una mujer arrodillada!

¡Y Cristo, el Cristo que al ofrecerse a la mujer aquella la perdonaba, aprisionado entre los dedos de aquel sacerdote, que furioso, iracundo, renegaba de toda su doctrina, basada en el amor, en el perdón...

¡Oh, que el cuadro debe ser aterrador para todo el que crea en todo lo que cree y enseña la Santa Madre Iglesia!

¡Y luego, un obispo desobedecido, menospreciado y apartado moralmente con el pie como guiñapo inservible, cual si su autoridad no la hubiese recibido del mismo Dios que en el cielo mora, cual si su simbólico anillo fuese únicamente ostentación fastuosa, y su cayado débil caña de pescador infortunado!

Pertenezco a la Mala Prensa, como quizás sabréis, y no creo en nada de eso; ¿mas por qué no confesarlo? al referirme el hecho, sentí algo que me estremeció, me aterró, me achicó, me anonadó, me pulverizó, pensando que pudiera yo haber sido creyente y recibido un golpe de esa clase.

¿Qué no se me habría ocurrido si llego a pertenecer a la Buena Prensa, y por milagrosa excepción no soy un farsante y un embustero como casi todos los que pertenecen a ella lo son? Hubiera agarrado la pluma justiciera y condenado con tonos de Isaias la crueldad de ese sacerdote con su hermana, la profanación del templo, el insulto a Cristo, la desobediencia al prelado...

Pero es lo que diréis vosotros, los de la Buena Prensa:

«Y á nosotros ¿qué se nos da de esas cosas, si de lo que únicamente tratamos es de recabar suscripciones que nos permitan vivir como deseamos, haciendo honor a los tres enemigos del alma y codeándonos con los siete pecados capitales? Esto de moralizar á los curas no es de nuestro Negociado; es del de Nakens. Además, no nos conviene que se moralicen. El día que todos los estuviesen, ni uno siquiera agarraría un periódico de los nuestros en sus manos.»

Y al decir eso, ¡oh redactores de la Buena Prensa!, diréis bien, y sería acaso la primera verdad que de vuestra boca hubiera salido.

Dime con quien andas...

No, ese adagio miente. Un hombre puede estar entre santos y ser un canalla. Ejemplo:

La *Gaceta del Norte* es un periódico costeado por los virtuosos jesuitas; todos los que están empleados en él, son católicos a macha martillo. En aquella casa se aspira honradez y moralidad hasta en los retretes. Y, sin embargo, son ya tres los administradores que han desfilado.

El primero... ¿cómo lo diré?, por... por... Vaya, no lo digo. ¿Mas por qué callarlo? Por... por... Vuelta al atasco. Y el caso es... Pero, no; ¡silencio! Un vendedor ó repartidor joven fué echado con él. Ciertas desgracias nunca vienen solas.

El segundo... El segundo fué víctima de unas 8.000 pesetas que se empeñaron en hacerle el amor, y que las raptara; y él, débil, bondadoso y sin fuerzas para resistir seducciones...

Y el tercero... El tercero ha salido estos días por desmemoriado; por olvidarsele entregar á unos pescadores unas 7.000 pesetas del importe de una suscripción abierta para ellos. Los jesuitas, como impecables que son é incapaces de quedarse con nada de nadie, lo han llevado á los tribunales.

¿Dónde, ni cuándo, ni cómo han visto esos tres desgraciados nada que pudiera inducirles á pensar que esos actos suyos eran usuales y corrientes allí?... En parte alguna. Luego no es cierto el *dime con quien andas*.

¡Pobre y desventurada Buena Prensa! ¿Cómo ha de prosperar, si no la lee el público y tropieza además con católicos que no saben aspirar el perfume de moralidad que esparce?

La compasión brota á raudales de mi pecho al pensar en su desventura.

Y le pusieron "Inri"

III. Es de advertir que por atrasado y refractario á grandes empresas que sea un pueblo, jamás tienen buena excusa los malos gobernantes que lo llevan al desastre ó ruina. Y como el pueblo español está muy lejos de ser de esos, menos disculpa tienen los que han venido últimamente dirigiendo sus destinos. ¿Se puede comparar, por ejemplo, con los españoles á los persas, á quienes muchas veces había que llevar al combate á latigazos? Pues con gente así fundó Ciro un imperio, del que al cabo de veinticinco siglos aún queda un pedazo mayor del que á nosotros nos resta del vastísimo fundado no hace más que cuatrocientos años. Pero no hay más que echar una ojeada rápida á la historia persa para comprender lo que son capaces de hacer al frente de carneros los leones, y luego volver la vista á la de España para ver lo que sucede á los leones cuando son los carneros los que mandan.

No hay que remontarse á Ciro. Nadir, el célebre Nadir, es de ayer, como quien dice. Este famoso Regente se metió una vez, por excepción, en una mala empresa: querer apoderarse de Damasco. Fué... y lo derrotaron tan completamente, que él mismo, solo á una de caballo y duras penas pudo salvarse, yendo á reunirse con el sexto fugitivo de sus tropas á muchas leguas de la codiciada y en mal hora y con mal acuerdo atacada capital. Pues bien; aunque era hombre despótico y de carácter duro, ¿se creará que empezó á buscar en quién poner la culpa del desastre? ¡Cá! Cumplimentó y elogió á los supervivientes y además les indemnizó de todo lo que personalmente habían perdido.

¿Se quiere ir más atrás? Pues entre otros, daremos con Sapor II, hijo póstumo del sensual, y por sensual prematuramente fallecido, Hormidas, y le veremos, apenas cumplidos los quince años, ponerse al fren-

te de un cuerpo de caballería y atacar y hacer morder el polvo al enemigo.

Pues ¿y Cabades, que no es de lo mejor entre los soberanos persas? A Cabades prometió un general suyo tomar á Antioquía. No la tomó, pero derrotó nada menos que á Belisario. De regreso ante el rey, preguntó-le éste:

—¿Te has apoderado de Antioquía?

—No—contestó el general,—pero he ganado una gran batalla á los romanos.

—Pues vamos á ver lo que ha costado—replicó Cabades.

Y como hecho el recuento de las tropas resultó que éstas se hallaban muy mermaidas, echó de su presencia al victorioso general, quitóle el mando y jamás volvió á darle ningún otro.

Andamos buscando los españoles la causa de nuestras desdichas nacionales, y la tenemos, si vale la expresión, delante de las narices, sin necesidad de mirar fuera de Europa. En el siglo XVIII una nación semisalvaje como Rusia ha tenido un Pedro I y una Catalina II. Otra, no muy civilizada entonces, Prusia, tuvo un Federico II. En Austria ha habido una María Teresa. En Francia un Luis XIV. En todo este tiempo, lo más exquisito que á los españoles nos ha cabido en suerte es... quién, ¿Felipe V? ¿Fernando VI? ¿Carlos III? Ninguno de los tres, sin quitarles lo bueno que hayan tenido, servía para descender al menos eminente de los otros cinco soberanos extranjeros que hemos citado. Los nuestros no llegaron á distinguirse ni por la hermosura; y la numismática española de aquel siglo es, por lo desagradable, única en su especie. Lo mejor que deja creer al que contempla aquellas figuras, es que se trata de una colección de bobos; y, sin embargo, no lo eran: hagámonos esta justicia.

Vienen luego los tiempos y los reinados más ó menos constitucionales; y ¿dónde están los Cavoures españoles? Porque hasta nacioncillas como el Piamonte han tenido sus grandes gobernantes. ¿Será que España no puede tenerlos porque el pueblo no los da de sí? Esto equivaldría á decir que el pueblo español está mental, moral é intelectualmente tan por debajo de los otros de Europa como sus gobernantes con respecto á los de éstos, lo cual es absurdo enorme, porque el pueblo español, analfabeto y todo, oíganlo bien, entendiéndolo bien los que le gobiernan y los que lo desconciertan, está en sentido común, en honda filosofía, en lógica superior por encima de todos los del mundo. No hace falta, sin embargo, que se conceda tanto; con decir que está muy por encima de las clases gobernantes y de las clases llamadas directoras hay suficiente. Y esto donde más pronto y claramente se ve es en Cataluña; porque no hay más que recorrer con algún detenimiento y atención aquellas cuatro provincias para comprender que todas las calidades, todas, que los corifeos catalanistas atribuyen á sus paisanos, éstos las tienen; pero es sólo el pueblo, el verdadero pueblo el que las tiene; y todos los defectos que los demás españoles suelen achacar á los catalanes, éstos los tienen; pero los que los tienen, aunque cantan el segador, no bailan la sardana.

S. E.

El origen de los frailes

Quedamos, lector amigo, en que ni Cristo, ni la Virgen, ni los apóstoles pensaron en su vida que hubiera frailes; y cuando á ellos no se les ocurrió tal idea, siendo los autores de la religión, no hay duda que el fraile es en ella algo superfluo, como los maceros en las Cortes y los maestrantes de Sevilla, pongo por fantasmones.

¿Cuál fué, pues, el origen de la glosopeda frailluna? Lo diré en una palabra sola: fué la cobardía.

En los primeros tiempos del cristianismo, el profesario llevaba aparejado el peligro de muerte, no como se ha querido hacer creer, á título de creyente en una religión distinta de la del Imperio, que no molestaba á nadie por semejanza pequeñeces, sino en concepto de anarquista, enemigo no tanto del orden social como de la felicidad y de la vida humanas, puesto que el cristiano abominaba del amor, del placer y de la alegría de vivir. Los emperadores sabían lo que se hacían; no tardaron en calar á aquella gente nueva, astrosa, vil, ovejuna y traidora.

Por su parte, la Iglesia proclamaba las excelencias del martirio, sugestionando con seguras é inmediatas delicias en el nunca visto cielo á los que murieran condenados por la ley.

—¡Zapel!—se dijeron algunos, cuyo valor no llegaba á tanto;—eso es ya demasiado para mí; cristiano no puedo menos de serlo; caer en las garras del verdugo, eso para los obispos, si les place, no para el hijo de mi madre. ¿Qué hacer? Huyamos á terreno desierto

to, donde no peligran estas carnes que ha de comerse la tierra.

Estos cobardes fueron los primeros monjes ó anacoretas, cuyo número llegó á ser muy grande.

La conciencia de su cobardía hizoles reparar con torturas lentas que á sí mismos se aplicaban, porque no es igual recibir veinte zurriagazos de mano propia que de la ajena, como dijo San Lustrin, abogado de los limpiabotas.

Por no pasar hambre unos días en los calabozos, ayunaron años enteros, haciéndose herbívoros, que se alimentaban, como los mulos, de alfalfa y otros forrajes, de donde tomó siglos después el P. Claret aquello de «la divina alfalfa para los borregos de Cristo», y el rector de cierto seminario español su frase favorita á los alumnos: *de forragibus quantum volueritis* (carne, no; pero de hierbas cuanto queráis). El domine Cabra, que con un nabo nadando en caldo pretendía hacer la comida de sus discípulos, era también un imitador de los santos monjes herbófagos.

Por no sufrir durante una hora los azotes del verdugo, se azotaban á diario durante largos años; por huir de suplicios cortos, se los infligían lentos; y, en una palabra, el miedo á una muerte relativamente rápida los condenaba á vivir muriendo, lejos de las gentes, en cuevas de lugares abruptos, vestidos de lampazos y alternando no más que con animales seguramente superiores á ellos, pues no se ha visto jamás á uno que de propósito se irroque daño á sí mismo.

Si has leído, correligionario querido, en el *Año Cristiano* ó en algún otro libraco in-moral é in-mundo como ese las grandes penitencias de los anacoretas del desierto, no creas que fueron tan atroces y tan generales como allí se dice; ¡oh, no! Pasar muchas horas sumergido en heladas aguas, revolcarse desnudo en zarzales, comer hojas de col en crudo sólo una vez á la semana ó al mes, llevar cilicios, cuyas largas pías entraban del todo en la carne, vapulearse con disciplinas que terminaban en garfios, todo eso lo harían por excepción algunos vesánicos badulaques.

Se cuenta de uno, á quien se halló encue-ro: le habían crecido pelos en todo el cuerpo como á un oso, andaba en cuatro pies, pacía la hierba, y al ver á un sujeto procedente de la ciudad, le preguntó si aún había hombres que amaran á la mujer y se preocuparan de esta vida. San Simeón el Estilita se pasó veinte años en un pie como las grullas sobre una alta columna, semejando al Cristóbal Colón de Recoletos.

—Padrecito, me parece que usted se gus-sea un poco.

—Sí, señor; bastante; ¿ó me cree su merecé tan estólido que les haga á los frailes el in-merecido honor de tratar de ellos en serio? Pero sepa que yo no miento nunca, y si mintiera por grave aprieto alguna vez, lo haría diciendo la verdad.

Todas esas cosas las contaron los monjes mismos interesados en pasar por héroes, y lo que era excepción lo hicieron regla. Pero otros de entre ellos declararon, según relata el P. Pineda en su *Monarquía Eclesiástica*, que en los desiertos se daba la gentuza cobarde aquella una gran vida, y que habiendo acudido allí mujeres, se permitían cada juerga que cantaba la Pitita, con lo cual creció no poco la población de aquellos santos lugares. Nadie vió ni lo uno ni lo otro; ni las penitencias ni los jolgorios; el buen sentido nos dice que son de creer más los que referían lo último que los relatores de lo primero, ó el hombre no es tal hombre; ¿estamos?

Y en cuanto se acabaron las persecuciones con sus martirios, de pronto se les acabó también á los monjes el horror al mundo, dejaron el desierto y se metieron en las ciudades que tanto habían maldecido. ¿Dice esto algo?

Entonces, y esto prueba la veracidad de los que hablaron de juergas, aquellos santos y sucios varones que ni oír hablar de mujeres querían, y que cuando hermosas como huríes se las presentaba el diablo dijeron ellos que las habían rechazado á cantazos, al verse en la ciudad corrian como lobos hambrientos tras de las buenas hembras, solteras ó viudas, sobre todo si tenían dinero; no desdaban á las casadas, y cuando otras no les eran posibles, apencaban, como cada quisque, con las viejas y las fregonas. *Pineda dice.*

Estos fueron los que ya en poblado establecieron el monaquismo. En la cobardía, pues, radica el origen de éste. ¿Se quiere una última prueba?

Entraron en cierto pueblo unos carlistas de partida gritando á la gente que cerrara las puertas, porque se acercaban pegando los negros. «Tomad un poco de vino, valientes muchachos» —les dijo una mujer. —«Señora —exclamó un esquilador gitano allí presente, —lámeles usté lo que quiera, pero no valientes; ¿no ve que vienen *jugando*?»

Pues preguntad á cualquier fraile ó monja la causa de haberse metido en el convento. «Entré —os contestará— *jugando* del mundo y de sus peligros.» ¿Lo veís? Un cobarde. He probado mi tesis.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Obreros y católicos

Son un riesgo para el mejoramiento de la clase obrera los organismos creados por los católicos. Lo son, porque los trabajadores

en ellos afiliados ocupan plazas en las huelgas parciales, haciendo á veces que fracasen; lo son, porque estos organismos con sus votos pueden enviar representantes al Instituto de Reformas Sociales, á las Juntas locales y provinciales y á las de Emigración, evitando de este modo la acción fiscalizadora de la genuina representación de los obreros, acción tanto más eficaz y útil cuanto más radicales sean los representantes; lo son también — véase el caso de las *corralías* de Tafalla — porque empuñan banderas agrarias que los socialistas no hemos sabido tremolar, con lo cual perpetúan por una ó por más generaciones el espíritu de sumisión y de resignación, que es el más formidable agente de nuestro estancamiento y atranco.

Claro está que á la larga no son temibles, pero mientras...

Hace unos meses, en cierta imprenta madrileña, la introducción de las máquinas de componer produjo una huelga, y obreros del sindicato católico ocuparon las plazas de los huelguistas; ¿cómo serán los *amarillos* ó *esquirols*, que el gerente ó dueño de la casa ha dicho repetidas veces á los operarios que le sacaron del aprieto:

—Estoy deseando que la Sociedad dé por concluida la huelga para ponerles á ustedes en el arroyo.

Que el traidor no es menester siendo la traición pasada.

La invasión por los neos de los Institutos, Juntas y demás de Reformas Sociales y de Emigración daría tal tinte clerical á las leyes sociales y tan parcial sería la vigilancia para su cumplimiento, que antes del año se levantarían hasta las piedras.

Y cuanto á la bandera agraria, es hasta peligrosa para los mismos neos, que son multitud los que no están en situación de sufrir una revisión de sus títulos de propiedad.

Todo esto y más es verdad, pero mientras...

J. J. MORATO

ATROPELLO

El enérgico y notable periodista Ramón Sánchez Díaz fué llamado por el alcalde de Bilbao á su despacho, donde le atropelló brutalmente. Después, y para ver si cohonestaba su atropello, dió parte al juzgado de que le había desobedecido en no sé qué.

¡Vaya un alcalde y un hombre! Fuera cual fuere el motivo de resentimiento que él tuviera con Sánchez Díaz, enfermo y débil, no debió aprovecharse de que era autoridad y estaba en su casa para agredirle. Los que entienden de caballerosidad obran de distinto modo.

Pongo á disposición de mi querido amigo Sánchez Díaz las columnas de EL MOTIN, (que hoy se lee por muchos) para decir cuanto le convenga. Y le envío un abrazo.

ESPERANZA CONSOLADORA

Me pregunta en broma un amigo si después de haberse aclarado que Morayta no entró en la iglesia, lo creo digno de hacerme compañía en el Infierno. Claro que sí.

Ha renacido en mi pecho la dulce esperanza de echar algún día unos parralillos con él (pues tiempo no ha de faltarnos) en la acreditada freiduría titulada: *Colmado Satan*, que ostenta en su muestra este satírico anuncio: *Se asan asados*. ¡Y tan asados! Bueno es tener amigos, aunque sea en el Infierno.

Allí recordaremos nuestro paso por el planeta Tierra en la época más desventurada y bochornosa para España, y la serie de danzantes y sinvergüenzas que conocimos; soltaremos regocijadas pullitas á los papas, obispos, curas, frailes, beatos y demás variedades de hipócritas que estén también allí de temporada *por toda una eternidad*; y procuraremos solazarnos y entretenernos honestamente en los ratos que no se dignen aquellos señores tostarnos, freirnos, arañarnos, mordernos, pincharnos, etc., etc., hasta que suene la hora de retirarnos á descansar, con la conciencia tranquila, sobre el modesto lecho de alfileres de punta.

Y mientras llega el momento ansiado de vernos en la mansión regia del Angel de la Protesta, nuestro amo y Señor, juremos solemnemente huir de la Iglesia como él de la cruz; que no es cosa de perder el disfrute de todas las delicias que he narrado, por un momento de interesada contricción ó de temor estúpido. Después de una vida de impiedad honrada y decente, sería una lástima ir á dar de bruces en el cielo.

Quedamos, pues, en que seguiremos siendo dignos y consecuentes impíos, sin trampa ni cartón, y en que todos los anhelos de nuestra alma se cifrarán en alcanzar la condenación eterna, que á ningún cura ni á ningún fraile le deseo, porque, por el hecho de ser lo que son, la tienen ya concedida, asegurada y claveteada.

La única cosa que me desagrada cuando pienso en el Infierno, es la mucha gente de Iglesia que he de encontrar allí, pues, según Santa Teresa, el Infierno está empedrado con coronas de curas.

¡Pero qué remedio! No hay dicha completa ni en la Tierra ni en el Infierno.

Advertencia á los suscriptores

No han sido muchos; pero, en fin, han sido ya tres los que han reclamado en esta administración números de EL MOTIN, por no haberlos recibido. Averiguado el caso, se ha sabido que se los había llevado el repartidor á su casa, pero que la señora, ó no quiso aceptarlos, ó los recibió y los hizo desaparecer sin dar cuenta á su esposo.

Esto me obliga á rogar á los que no tengan en su casa la autoridad necesaria para hacerse obedecer, que se den de baja en la suscripción, y vengan á que se les devuelva el importe si lo hubieren abonado ya. Buscarse disgustos en el hogar doméstico por cosa tan fácil de remediar, sería inocente.

Y si el deseo de leer EL MOTIN fuese en algo tan grande que no pudiera resistirlo, cómprelo en la calle, y váyase al campo á saborearlo, por más que no sea el más á propósito el tiempo que entra para leer al aire libre.

POR FAVOR

Si, por favor y por caridad, por la salvación de sus almas, hay que facilitar á los clericales la salida de la Asociación de la Prensa.

Ellos no quieren irse por no desairar á los médicos y boticarios que usufructúan por dos pesetas mensuales. Venzamos sus tiernos escrúpulos haciéndoles ver que éstos son muy tolerantes, muy buenos, y no les guardarán rencor.

Y que sólo por esto no se van, por no desairarlos, lo prueba el que, teniendo santos especialistas para caso de enfermedad y medicina eficaz en cada reliquia, no los utilizan. ¿Y aguas salutíferas? Desde la de Lourdes á la del Jordán, pasando por todos los charcos con leyenda milagrosa, la serie es innumerable.

Tamaño delicadeza, miramiento tan digno sólo puede pagarse apartándoles de aquel sitio de perdición donde sus almas puras se corrompen y envenenan; privándoles de todo contacto con nosotros los infames, los impíos, los herejes, que no creemos que la barra de Balaam habló, ni aun después de oírlos hablar á ellos.

Dícenme que varios obispos se disponen á persuadirles de que, siendo lo que es la prensa liberal, deben huir de ella; y que varios católicos de los que están dispuestos á jarnegación heroica, á suscribirse á *El Universo*, aun cuando no se sientan después con valor para leerlo, van á ponerles este dilema: «ó fuera de ese antro maldito, ó no hay peseta mensual».

¿Cuál es el deber de los liberales ante ese conflicto tremendo? Primero, suplicar á los clericales que se vayan. Y si no lo hacen por las razones antedichas, amputarles de la Asociación aunque protesten; bien así como el cirujano corta y raja y saja sin cuidarse de los lamentos y gritos del enfermo.

Y si el cirujano lo hace para salvar el cuerpo, que al fin y al cabo, y más pronto ó más tarde ha de volver á la tierra, ¿qué no deberemos hacer nosotros para salvar tantas almas, que son imperecederas, inmortales, aunque de pocos quilates?

Por caridad, pues, ya que no por dignidad, hay que separar de la Asociación esa piara de honrados, que hoy se revuelcan con nosotros en el cieno de toda concupiscencia y todo pecado.

EL PANTANO

La revolución debe ser destructora. ¿De qué? De lo malo. Para merecer el nombre de revolución y no de revuelta, ha de contener un germen fecundo. ¿Cuál? El de lo bueno. Trastornar sin mejorar es una empresa inútil, y además de inútil, nociva.

La monarquía y el catolicismo han revuelto, pero no han revolucionado. Aquella con su afán de dominio, con sus guerras dinásticas, éste con sus concilios, con su poder temporal y sus dogmáticas imposiciones, han trastornado la vida sin mejorarla.

Muy al contrario; la vida florece en libertad y ellos la han comprimido, aplastándola con el pie, en los aros de sus farras y coronas.

Han hecho más: la han escarnecido, quemado, aventado sus cenizas; y suponiéndole una esencia inmortal, la han maldito en nombre de un Dios creador y echádola al fuego, para que arda padeciendo eternamente.

No son representantes de un Dios infinitamente bueno; son representantes de un demonio infinitamente malo. Cuanto puede

inventarse de bárbaro y cruel, hasta llegar al refinamiento más exquisito de la perversidad, ellos lo han inventado.

Son como los tigres, que acechan á la víctima entre las cañas y se arrojan sobre ella de improviso, destrozándola y lamiendo la sangre con deleitación.

Los tiempos les han limado las uñas; pero si se las dejamos crecer, no crecerán en vano. Nos sacudimos de frailes y han vuelto; hicimos Constituciones y las sofistican; laboramos en la obra del progreso, edificando á fuerza de sudor y sangre instituciones liberales, y el jesuitismo, *felix tigris*, atisba en la sombra para destruirlas.

Hace muchos años que dimos la voz de alarma, y clamamos en desierto. El tiempo nos ha dado la razón; ahora nos acompaña la multitud y no faltan capitanes.

Pero el tigre bicéfalo acecha todavía; le han crecido las uñas y se prepara al asalto desde el bosque. Hay quien no le ve; sírvale esto de aviso.

Si quiere avanzar España, ha de rendir á dos gigantes que le obstruyen el paso: catolicismo y monarquía. Los dos, plantados delante de la humanidad que dice sí, responden con un no rotundo. «No pasarás de esta línea trazada por nosotros.»

Hay que derribarlos y exterminarlos; confundirlos con el polvo de donde provienen, y proseguir la marcha.

Nos detuvimos en el siglo xv, cuando la catolicísima Isabel I y el remendón de su esposo instituyeron el Santo Oficio y expulsaron á los moros y á los hebreos. Más tarde, su biznieto remachó el clavo cerrando las puertas á la Reforma.

La Inquisición fué una cuña introducida en nuestra cabeza; la expulsión de hebreos y moriscos nos dejó sin brazos; la oclusión de España al protestantismo nos clavó en tierra; las tres cosas juntas nos inmovilizaron. Desde entonces vivimos como un cataleptico, rígidos é inertes, sujetos á una tremenda crisis nerviosa que nos tiene á media vida, mientras los demás andan y se alegran al aire y al sol.

La Reforma fué una revolución de la conciencia humana que abrió nuevos caminos á los países del Norte. La revolución inglesa trastornó, edificando una república que lleva el nombre de monarquía, como el hombre docto lleva el apellido de su ignorante abuelo. La revolución francesa extendió sus alas por el mundo cobijando á las muchedumbres para liberarlas de la antigua tiranía, en América lo mismo que en Europa.

Francia ha sido la primera nación católica del Continente en romper la coyunda romana. De ella salió aquel grito profético: «El clericalismo; ese es el enemigo.» Ella escribió, por mano de Hugo: «Esto matará aquello.»

España, ¿será la última? Puede que sí, al paso que vamos. Italia nos lleva mucha delantera en el camino de la emancipación. Austria envejece con su emperador, y cuando éste se disuelva, también se disolverá el Imperio en la hegemonía de los países protestantes: la muerte es generadora de la vida.

Pero el encautamiento en que yace España es como una muerte á perpetuidad; es la quietud, la paralización, el pantano. Los ríos llevan sus aguas al mar, donde se mezclan con otras salinas, ondulantes y feras, que se embravecen al soplo del viento y van minando los peñascos más duros en combates gloriosos.

El pantano es la muerte sin esperanza de otra vida mejor. Su inmundicia superficial, siempre encalmada, oculta miserables reptiles y el légame corrupto del fondo. Las aves canoras no se aproximan á sus bordes, ni las palomas, ni los cisnes; sólo los buitres y los cuervos gustan de sus fétidas emanaciones.

Cuervos y buitres nos cercan á los que vivimos ó morimos en el fondo del pantano.

Poned curas y frailes donde yo digo cuervos y buitres, y habréis llegado al fondo de mi pensamiento y también al fondo de la verdad.

ARGOS

Desde Vinaroz

Sr. D. José Nakens.

May estimado correligionario: Por iniciativa, y bajo los auspicios del Centro Instructivo Republicano, se había organizado para el día 18 una manifestación cívica con el objeto de colocar una corona en la lámpara de los mártires de la libertad, víctimas de las hordas vandálicas del carlismo. Con tal motivo, después de obtenerse el permiso del alcalde para que los manifestantes recorrieran el itinerario fijado, con banderas, se redactó é imprimió un millar de hojas, como el ejemplar adjunto, invitando á todos los liberales sin distinción de matices políticos. Hay que advertir que en el permiso del alcalde iba incluida la autorización para distribuir hojas de invitación. Sin embargo, para evitar cualquier pretexto de entorpecimiento, antes de proceder al reparto de las hojas, se mandaron tres ejemplares á la alcaldía. El alcalde, entonces, sugestionado sin duda por los clericales y, según se asegura, por otra persona que, sin serlo descaradamente, contemporiza con ellos, prohibió la circulación, alegando que no eran invitaciones, sino proclamas.

Debo manifestarle que los párrafos que motivaron la prohibición son los que van marcados en la hoja adjunta, en los que,

como verá, el delito consiste en anatematizar al carlismo y dedicar un recuerdo á los que dieron su sangre en defensa de la libertad, y en la exclamación con que termina la hoja de «¡Abajo la reacción!» y «¡Viva la libertad!».

A pesar de ese contratiempo, se resolvió llevar adelante la manifestación sin invitaciones impresas, y todas las sociedades obreras y los dos centros republicanos, con sus respectivas banderas, como también otras numerosas personas, acudieron á la plaza de la Constitución á la hora fijada, y cuando se disponían á romper la marcha con la música al frente, llegó una nueva orden del alcalde prohibiendo que en la manifestación se llevaran banderas.

Se reunieron inmediatamente la comisión organizadora y los presidentes de las sociedades obreras, y después de un cambio de ideas, todos convinieron que de lo que trataban las autoridades era de impedir de cualquier manera la manifestación, poniéndole trabas. En vista de ello, y para evitar la repetición de sucesos trágicos y memorables como el del 14 de Marzo de 1904, se resolvió suspender la manifestación cívica, y que la misma comisión organizadora llevara silenciosamente á su destino la corona dedicada á los mártires de la libertad.

Una observación importante. En este pueblo, de tradición eminentemente liberal, mejor dicho, republicano ahora en su casi totalidad, se ha tratado de hacer reaparecer, y se ha hecho ya la prueba una vez, el Rosario de la Aurora, que fué abolido hace más de cuarenta años. La cosa es tan estúpida, que los mismos situacionistas lo han hecho suspender; pero continúan las gestiones de reaparición.

Otra observación también interesante. Anteayer llegó á esta ciudad el obispo de la diócesis para confirmar. Y las hojas prohibidas debían haberse distribuido, por una coincidencia casual, el mismo día de la llegada del prelado.

Otra observación para terminar. Ayer por la tarde hubo corrida de toros, y se efectuó una procesión católica por las calles, con estandartes, banderas y todo el boato de práctica. Es decir, que se prohíben las manifestaciones cívicas con banderas para honrar la memoria de los mártires de la libertad, y se permiten en el mismo día corridas de toros y procesiones clericales. ¡Qué sarcasmo!!!

Ese no puede, no debe ser el fruto del árbol de la libertad regado con la sangre de los que sucumbieron combatiendo al absolutismo y sacrificándose por la patria.

Le desea salud y felicidad el correligionario que admira su labor civilizadora,

MIGUEL DAUFI

Presidente de la Junta Municipal Republicana. Exdiputado de las Constituyentes de 1873.

Vinaroz 19 Octubre de 1908.

¡Qué decirle al estimado correligionario que siempre estuvo en el puesto avanzado de combate contra la reacción? Que se siente calor en las mejillas cuando se piensa que el carlismo ha tomado tantos vuelos merced al apoyo de algunos republicanos.

Pero ya se arreglará todo; la mentira no prevalece al fin, y el clericalismo ha entrado en el período del descenso. Poniendo cada uno lo que podamos para que sea rápido, lo demás es cuestión de tiempo.

Mi felicitación á los amigos de Vinaroz por haber burlado esta vez los planes del clericalismo. Ya llegará la nuestra algún día.

¡Todas se casan, todas!

No crean los lectores de EL MOTIN que se trata de un nuevo anuncio de Agencia Matrimonial, ni mucho menos de hacerle un reclamo al tan acreditado D. Felipe Jiménez ni á otros señores que á tan lucrativo negocio se dedican. Nada de eso; se trata sencillamente de presentar al bendito San Antonio como el primer casamentero, ya que en otras ocasiones nos le han presentado como médico, albéitar, agente de negocios, zahorí de cosas perdidas, etc., etc., etc.

Leo (cuando voy á un sitio que nadie puede ir por mí y para después usarla), la archipostonada revista *El Pan de los Pobres*, correspondiente al 13 de Octubre del año actual, y copio al pie de la letra:

«New-York (Estados Unidos).—Hacia seis años y medio que venía pidiendo á San Antonio la realización de mi matrimonio con el que es hoy mi esposo. El Santo milagroso me ha escuchado: el 26 de Junio se efectuó mi enlace. Por gran favor envío el peso prometido y deseo se publique en la Revista. Una devota nacida en Cuba.»

Doy mi más completa enhorabuena á esas pobres madres de familia que tantos sacrificios hacen por salir de sus niñas, sin poder lograrlo. A 5 pesetitas por barba, boda segura.

Algo larguillo es el plazo de espera. ¡Seis años y medio! pero, en fin, nunca es tarde si la dicha es buena. Y supongo que si lo será, pues no iba á proporcionarles un santo tan formal como San Antonio yernos de esos de tres al cuarto.

Y ahora una pregunta: Si por un triste peso se adquiere un buen marido, ¿qué no lograrían las peticionistas ofreciéndole á San Antonio una *balanza de precisión*?

Y ya que de San Antonio hablo, voy á reír un suceso ocurrido hace unos cuatro

años en el lugar mismo donde se venera al famoso Paduano, en el Santuario de Urquiolá, sito en un hermoso monte á dos leguas de Durango y por donde desfilan anualmente de 25 á 30.000 personas á hacer el primo.

El cura de la ermita (ya difunto), que se había enriquecido á cuenta de tanto fanatismo como la visitaba, tenía una magnífica pareja de bueyes. Una noche se puso uno enfermo, y comprendió mi buen *pater* que iba á pasar á mejor vida. ¿Qué hacer?

Cualquiera creará que teniendo á San Antonio en su casa, que lo mismo cura á un hombre que á una bestia, acudiría en súplida á él. Pues no señor. Despertó á un galán y le hizo ir inmediatamente á buscar á un *impio veterinario* de Durango. El buey murió al fin, y alguien creyó que pudo ser castigo del Santo.

Hay curas que no le guardan á los santos las consideraciones que merecen.

BERRIO OCHOA

Durango 23-10-908.

HOJA SUELTA

He recibido una, impresa en Mondoñedo, que lleva este título: «A los hombres honrados.»

«¡Pobres clericales! exclamé; ese título les impide leerla.» Y comencé á repasarla yo.

A los pocos renglones comprendí que me había equivocado; que la Hoja era rufianescamente clerical. Atacaba á *La Mala Prensa*, recomendando á los católicos que no leyeran EL MOTIN (los pongo por el orden que en esa Hoja van), *El País*, el *Heraldo*, *El Imparcial*, *El Liberal*, *España Nueva*, *ABC*, *Tierra Gallega*, *Voz de Galicia*, *Los Sucesos*, *El Mundo*, *La Correspondencia*, *El Noroeste*, y ninguna otra prensa afiliada al liberalismo, ó entregada á las sectas, ó puesta al servicio de la impiedad.

De su estilo puede juzgarse por esto: «Hay unos malhechores que se llaman MALHECHORES DE LA PLUMA, y unos salteadores, que merecen llamarse SALTEADORES DE LAS ALMAS. LA MALA PRENSA ES EL ANTO DONDE SE GUARECEN.»

Y después, toda la Hoja se dedica á pedir en diversas formas que el público compre sus papeles, poniendo cada título que parte los corazones:

¡CATÓLICOS!

No os avergoncéis de la prensa católica.

Lo cual prueba que se avergüenzan.

¡Católicos! No os avergoncéis

de la Buena Prensa.

Lo cual demuestra lo mismo.

¡Católicos! Ayudad á la Buena Prensa.

Aquí está el quid. ¡Cuartos! ¡Cuartos!... Por dinero baila el perro, menea el *parroccán* y los escribidores carcatólicos *currelan*.

Y concluye de este modo:

¡Católicos! No toméis la Mala Prensa.

1.º Para no desobedecer á Dios y su Iglesia, que os mandan no tomarla.

2.º Para no ponerlos en peligro de pervertiros en vuestra fe y en vuestras costumbres.

3.º Para no escandalizar á los que os vean tomarla.

4.º Para no pagar con nuestro dinero las armas que la impiedad esgrime contra Dios, contra la Iglesia y contra nosotros mismos.

Si os proponéis hacerlo así, Dios os lo recompensará espléndidamente, y la posteridad os vivirá agradecida por haberla librado de la Mala Prensa.

Lograréis vuestro propósito, si os persuadís de que más vale con un pequeño *Kempis*, con un sencillito *Año Cristiano*, ó con un humilde *Lectura Popular*, irse al Cielo, que irse envuelto en malos periódicos y harto de noticias inútiles, al lugar donde reina sempiterno horror y no se conoce felicidad ni descanso.

¡El cielo os libre de tamaña desgracia!

Y á mí de la de ir al cielo, por más que tenga un aspecto que me seduce: el de que allí no hay frailes ni curas.

¡Pero háse visto nada más ramplón y vulgarote que todo eso? ¡Ir al Infierno envuelto en periódicos como en trapos las momias de Egipto y el jamón de York! ¡Decir que Dios no quiere que se lea la Mala Prensa, y que recompensará espléndidamente al que no la compre!

Si teniendo hambre, que diz que aguza el ingenio, dicen esas tonterías los periodistas clericales, seguramente rebuznarían á la perfección si comieran.

Sacándolos de insultar brutalmente, no sirven para nada. Igual que el sapo no sirve para otra cosa que para escupir su baba venenosa.

Sección de consulta

Me preguntan desde Lalin:

—Le parece á usted bien que un párroco visite á una joven soltera, huérfana y rica,

antes de decir misa, después, antes de la comida, durante ella, á la tarde, á la noche, y que se retire á hora bien avanzada?

—Le diré á usted; dentro de la misión que me he impuesto de moralizar al clero, me parece muy mal, ó debe parecerme al menos. Pero desde otro punto de vista, crea usted que me parece de perlas. ¡Si fuera vieja y pobre! ¡Pero joven y rica! Póngase usted en lugar del párroco y dígame qué haría. Yo, en estos casos, me digo siempre: ¿Dónde demonios encuentran los curas estas gangas?

—No encuentra usted censurable que un párroco, en unión de otro joven sacerdote, prototipo de los hijos de Loyola é íntimo y cariñoso amigo de la joven, se junten por las tardes á comerse unos chorizos picantes confeccionados por aquellas delicadas manitas, sazónándolos con el zumo que Noé tuvo la idea de exprimir después de haberse visto durante cuarenta días navegando sobre aquella inmensa laguna?

—No, señor; no lo encuentro censurable. ¡Chorizos, y picantitos, es decir, excitantes! ¿Para cuándo son los chorizos, sino para casos como estos? Y por si algún requisito les faltaba, confeccionados por

aquellas finas manitas

hechas á cebar lechones?

Que le hubieran dado á usted, señor preguntón, un par de ellos, y se los hubiera comido tan santamente. Voy sospechando que es la envidia la que mueve su pluma pecadora.

A las demás preguntas que usted me hace ya le contestaré en otro número, anticipándole en éste que tampoco estoy de acuerdo con ellas.

El cura, aunque no lo parezca siempre, es hombre á ratos también, y hay que concederle ciertas expansiones. Lo contrario sería demostrar hacia él una animadversión que estoy lejos de sentir.

Cárceles y presidios

EL EMPLEADO DE PENALES

De todos los que cobran del Estado ó de los municipios, es el más desatendido, el peor tratado, el que más dificultosamente vive y el que ve el porvenir más negro. Corto sueldo, mal pagado, trabajo rudo, y expuesto constantemente á verse en la calle; así pudiera definirse al vigilante de Penales, sin que esto quiera decir que los de la categoría superior inmediata estén bien.

A esto debe atribuirse en parte algunos de los defectos que se le echan en cara, algunas de las faltas que comete. El que no saca para atender á sus necesidades y tiene la familia desnuda y hambrienta, ¿quién que sepa lo que es hambre y frío se extrañará de ciertas intemperancias ni se atreverá á tirarle la primera piedra si un día se gana dos reales llevándole una botella de vino á un preso, ó acepta de otro una peseta por prestarle un pequeño servicio? Claro que en esta disculpa no entran, ni pueden entrar, ni deben entrar los directores y administradores que roban al preso; para éstos el grillete sería poco.

¿Pero los otros? ¿El mayor número? ¿Los vigilantes? ¿Los mismos ayudantes? ¡Ah! con esos hay que ser relativamente tolerantes cuando obren impulsados por la miseria, y no ensañarse con ellos mientras se deja vivir á los que aumentan su bienestar explotando al preso que tiene algo y anticipando la muerte por hambre al que nada tiene.

En varias ocasiones he demostrado que el vigilante de Penales no puede vivir con el sueldo que disfruta, y he pedido que se promueva en la prensa una campaña para que el Estado se encargue de pagarles, que se les aumente el sueldo á 1.500 pesetas y que se les concedan derechos pasivos. Insistiré en esto, convencido de que podrá conseguirse el día que se encargue de la dirección del Cuerpo un hombre conocedor de sus necesidades, y deseoso de remediarlas.

Y solamente cuando todo eso se hiciera, habría derecho para echar encima el peso de la ley al empleado que tratara de buscarse cinco céntimos por mal camino. Hoy es una verdadera iniquidad.

Citaré un caso para probar al extremo que llegan algunos de esos desdichados.

Un vigilante entró una mañana en una celda vacía de la Cárcel Modelo. ¿Qué habría ido á hacer allí? Antes había entrado un preso con un bulto, saliendo luego. ¿Qué se traerían los dos? Acercóse otro preso á la mirilla, y vió, horror causa pensarlo y vergüenza decirlo, vió al empleado que á toda prisa, ansiosamente, nerviosamente, frenéticamente, devoraba una cazuela de rancho. Se la había pedido por favor á un preso á quien su familia le mandaba comida aquella mañana. Tenía el empleado la mujer enferma, tres hijos hambrientos, y no quiso mermar el escaso pan y las contadas patatas que tenían para llevarse él un poco á la cárcel.

Afortunadamente el Reglamento no se enteró, y no pudo, por lo tanto, escandalizarse. Si se enterara, y se indignara, y grita, y lo oye la Junta local de Prisiones, forma un expediente en que se hubiera probado que aquel infeliz merecía que se le impusieran quince días de suspensión de sueldo, para que aprendiera en adelante á cumplir con la

obligación de no comer. ¡Qué sarcasmo más sangriento! ¡Qué injusticia más atroz aplicada en nombre de la justicia!

Y este no es un hecho aislado. Algunos, recatándose como quien comete un crimen, han aceptado el plato de rancho que los soldados de la guardia le ofrecían y se lo han comido en un rincón.

Seguiré hablando de estas cosas.

Escamoteo de un alma

Ha muerto en Torrelavega D. Demetrio Herrero y Gonzalez, acérrimo enemigo de la Iglesia.

Pertenecía á una familia en que todos pensaban lo mismo: un individuo de ella, don Santiago, al verse asediado por la clérigalla en sus últimos momentos, colocó este cartel en el portal de su casa:

Queda terminantemente prohibida la entrada á curas y señoras.

Otro, D. Luciano, fué enterrado civilmente, suscitando el acto grandes polémicas entre la prensa liberal y la clerical de la provincia; de resultados de ella fué prohibida la lectura de *El Cantábrico*.

Pues bien; el muerto ahora, D. Demetrio, había manifestado siempre el deseo de ser enterrado como sus deudos, y durante la enfermedad que lo ha matado, le preguntaron más de diez veces si quería confesarse, y contestó rotundamente que no.

Con tal motivo, la gaudulería clerical se desató contra aquel malvado, aquel hereje, aquel ateo, que iría á los infiernos; el mismo día de su muerte, á las once de la mañana, era todo eso.

Pues bien; á la una, que expiró, todo había variado; era un angei, un bendito, un santo, que había entrado en el cielo con botas y todo; hasta había quien aseguraba que oía en Torrelavega la música y los cánticos que resonaban en el cielo por su llegada.

¿Qué razón hubo para este cambio? Lo ignoro. Probablemente que el enfermo diría después de muerto que se arrepentía, como ocurre con frecuencia.

Y aquí un paréntesis.

(Si después de muerto yo, dicen que dije lo que en manera diré ni muerto ni vivo, no lo crea nadie: tengo entendido que los difuntos se vuelven muy embusteros.)

Cerrado el paréntesis, continúo.

Un sobrino del muerto, que lleva su mismo nombre, Demetrio, ha protestado, en nombre suyo, en el de cuatro hermanos suyos, en el de un tío y en el de los criados, añadiendo que, «si las circunstancias le obligan, declararía toda la verdad de lo ocurrido, en unión de toda la servidumbre de la casa del finado».

Ya tarda en hablar. Es más; ya debería haber hablado. En estos asuntos, urge saber la verdad, toda, y cuanto antes mejor.

Un cura de verdad

Con motivo de haber sido nombrado médico titular de Armenteros (Salamanca) el republicano y anticlerical D. Crescencio Sánchez Escuita, el párroco de aquel pueblo, después de invocar la divina gracia, se entusiasma en un sermón y llamó á los concejales, animales, salvajes, é hijos de Satanás; y al ir éstos á besar después la cruz de la Paz se lo impidió, diciéndoles que no eran dignos de acercarse sus labios al sagrado símbolo.

Los ediles, por imitar á su buen pastor para ser perfectos, acordaron que tampoco él era digno de beberse en unión de sus sobrinas el cántaro de vino con el kilo de azucar que en fiesta acostumbraban darle, y efectivamente, no se lo dieron.

Subió á los pocos días al púlpito, y trató á los concejales de soccos, miserables y aprovechadores del vino que no les pertenecía; todo con tanta mansedumbre y tanta unción, que el pueblo salió encantado de la bondad y los buenos modales del cura que les ha caído en desgracia.

Sale después una procesión, y el cura entrega á un casado el pendón que debían llevar los solteros; éstos protestan, aquel defiende su pendoneo, interviene el negro, forcejean todos, y concluye la piadosa refriega cayendo el cura sobre una beata en buen uso, (de espaldas afortunadamente); chilló ella, el caído berrea, llega el alcalde, y dirime el conflicto dando la razón á los mozos.

El *pater* eleva queja al obispo; este al gobernador, quien da sobre el alcalde; se anuncia una excomunión, los jóvenes empiezan á cumplirla antes de que se la echen, dejándolo de ir á la iglesia, y...

Nada, que si yo no tuviera tanto que hacer, me iba á pasar unos días en Armenteros con el amigo Escuita. Un cura en el estado que está el de aquel pueblo, me divierte más que un oso bailando en la plazuela, un clown haciendo piruetas en el Circo, ó un periodista de la Buena Prensa escribiendo contra mí.

Y es que no puedo remediarlo; me divierte todo lo grotesco. Por esto me sonrío cada vez que pasa un fraile á mi lado.

Libros en venta

Con el 25 por 100 de rebaja á los suscriptores.

DE TRES PESELAS

Muestras de mi estilo.—Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Puñado de ironías, por José Nakens.

Manejo de flores místicas

Desatados andan los vientos de la discordia entre la tropa clerical de Benavente.

El párroco de la iglesia de Santa María la Mayor, D. Bernardino, y el cura D. Prisciliano, se calentaron mutuamente las sagradas zaleas en la propia casa del Señor, por pretender cada uno celebrar la misa llamada del Viernes. Los fieles, escandalizados, huyeron de aquel lugar santificado que semejaba en aquellos momentos patio de matadero ó taberna de marineros borrachos.

Desde que lo supe no cese de pedirle á Dios que ilumine á esos dos representantes suyos para que fraternicen nuevamente y se dediquen, como hasta aquí, á esquilas las ovejas del rebaño católico, no sea que en otra reyerta vayan un poco más allá que ahora y haya que preguntarle á uno de ellos: ¡Cain, Cain! ¿Qué has hecho de tu hermano?

El día 4 del actual, y por si habían de ponerse ellos y no otros los capotes, cinco curas armaron á las monjas del convento de Santi-Spíritu, en Benavente, un escándalo fenomenal.

Y me dicen que si en aquel instante entran en el santo asilo unos carreteros y unas señoras de las de a peseta, hubieran escapado tapándose los oídos.

¡Válgame Dios, y á lo que conduce la afición á echarse un capote... encima! Confieso modestamente que ignoro lo que significa eso; pero desde luego aseguro que se cobrará algo por ello. De no ser así, maldito si hubiera habido cuestión.

Levantóse de buen humor los días 5 y 6 del actual el excapellán de las monjas Bernardas de Benavente, y se lió á tiros con sus vecinos. Supongo que sería de broma, cuando ni la autoridad judicial ni la gubernativa intervinieron.

Unas veces contra la persona, otras contra el bolsillo, los clérigos se pasan la vida disparando. Así adquieren la maestría que luego desarrollan en las guerras civiles que preparan.

Por cierto que ese excapellán tiene de ama una moza que da el opio y sobre la que ignora si dispara también. Y da el opio, no sólo como guapota, sino como valiente.

Hace pocos días encontró en la plaza á la demandadera de las Bernardas, y le dió cada bofetada que cantaba el credo, diciéndole que á su señor nadie le ofendía.

Si llega á entrar en la casa morada de las esposas de Cristo, al otro día hubieran tenido todas que planchar las tocas; con tal decisión habría acariciado las caras que semivelaban.

¿Qué habrá de por medio aquí? Lo sospecho, mas no me atrevo á decirlo por no ruborizarme.

Y basta por hoy de tropa clerical de Benavente.

Por disparo de arma de fuego se sigue causa en Benavente á Prisciliano Ferrero, de oficio cura.

Es infueta la saña con que se persigue á los sacerdotes en esta nación impía. Ni dedicarse á los ejercicios de tiro pueden ya. ¡Y se querrá luego que no desperdicien municiones en la guerra que preparan!

Hombre prevenido vale por dos, y en la paz se prepara el buen guerrero.

Cayó el día 14 un rayo en el coro de la catedral de Zaragoza en ocasión en que se hallaban en él los canónigos. Las naves bajas de la iglesia del Pilar se inundaron, habiendo habido necesidad de cerrarla.

Ese aviso del cielo es muy significativo, pues quiere decir: «¡Basta ya de fiestas, jolgorios y escándalos en Zaragoza, señores católicos!»

Y el que el rayo no cumpliera con su deber estando el coro lleno de canónigos tiene esta explicación sencilla: «Dios no quiere la muerte del pecador.»

¡Ah! Se me olvidaba.

En la redacción de EL MOTIN, ni rayos ni diluvios parciales. Dios vela por los buenos.

Nunca hubiera publicado la flor en que me ocupaba del cura de la Codosera; tal número de cartas ha caído sobre mí refiriéndome hazañas suyas.

Es verdaderamente el amo del pueblo y hace lo que le da la clerical gana; para ello ha puesto bien los jalones; el juez municipal es su padre; el sacristán es el fiscal y el organista es el alcalde, tres personas distintas, aunque insolventes, y un solo cura verdadero; así es él quien manda, dispone y ejecuta.

Cansados los vecinos de sus atropellos y arbitrariedades, acudieron en instancia hárra cosa de un año al ministro de Gracia y Justicia quejándose de «que actúa de hecho el párroco en los asuntos en que el Juzgado entiende, dicta sentencias, pega al que le parece, etc., etc. El ministro ha dado la llamada por respuesta.

Y termino por hoy de hablar de este cura célebre, por que habiendo tanto que decir de él, lo iré diciendo en dosis pequeñas para no cansar á mis lectores.

Desapareció hace poco de Mazamagrel el superior del convento de franciscanos, Padre Querubini, secuestrado por 11.000 infames duros y una criminal muchacha de diecisiete abriles, hermosa como el ángel rebelde. Y no ha parecido todavía.

¡Pobrecillo! ¡Las amarguras que le esperan! Llévelas con paciencia y resignación cristianas, que Dios se lo premiará en la otra vida.

Sin olvidarse por esto de tomar las precauciones necesarias en ésta para evitar que los del trienio se enteren donde se halla. No le dejarían entregarse tranquilamente á su dolor.

Se ha suicidado en Roma un clérigo llamado Castaldi, ex redactor de varios periódicos vaticanistas, por librarse de la miseria que venía sufriendo.

Esto les probará á los impíos que no es cierto que afluya tanto dinero al Vaticano. Si así fuera, no se vería un sacerdote ilustrado en el trance de andar á tiros consigo propio para librarse del hambre.

¿Que el dinero es para el Papa, los cardenales y demás individuos de la Corte Pontificia?

Entonces no he dicho nada. En una religión donde todos son hijos de Dios y herederos de su gloria, yo creía que la palabra caridad no carecería de significación.

Los padres Escolapios de Castellón de la Plana también zurrarán á los niños. Pero ¡qué odio tienen á los niños todos los frailes! Cuando no los profanan, los maltratan ó los embrutecen.

¡Felices aquellos que nunca tuvieron la desgracia de ver á un fraile delante! Ni al lado. Ni detrás. Esto sobre todo.

Miscelánea

D. Félix Redondo y doña Gregoria Sánchez quieren contraer matrimonio civil en Mora de Toledo.

Desde primeros de este año esperan para terminar el expediente que el cura párroco les facilite las partidas de bautismo de sus padres, y no lo han conseguido.

Requirió al cura el juez municipal, y no le hizo caso; se alzó el interesado ante el juez de instrucción de Orgaz, quien lo ha requerido tres ó cuatro veces, y como si no.

Hay jueces muy partidarios de la sotana; pero, francamente, esto de que un cura se pase por debajo de la pata (pata, sí; está bien dicho en este caso) lo que un juez ordena, es algo que debe rozarse un poquito con eso que llaman dignidad profesional.

Supongo, por lo tanto, que en cuanto el juez de Orgaz se persuada de que ese cura lleva el propósito de burlarse de sus mandatos, tomará una determinación.

Del municipal nada digo. ¡Suele haber algunos tan arrimados á la cola!

Lo primero que choca al entrar en el café que hay en la calle de la Montera (Pasaje), es que casi ninguno de los concurrentes usa bigote.

¿Qué serán? ¿Qué no serán? Se pregunta el que por primera vez entra. ¿Serán toreros? No, que no llevan coleta. ¿Cómicos? No, que son todos muy groseros y muy feos.

De pronto llegan á oídos del novato palabras de grueso calibre pronunciadas en las mesas de tresillo, se da una palmada en la frente y exclama: «¡Torpe de mí! ¡Pues si son curas!» Y efectivamente, curas son. El amo del café es arrimado á la Iglesia.

Algo anómalo resulta ver curas en un café, pero, en fin, más vale que vayan á él que no á una taberna y que jueguen al tresillo en lugar de jugársela á un prójimo. O á una prójima. Ya que existen, que causen el menos daño posible.

El obispo de Jaca ha armado otro descalzaparros en el Senado y la prensa liberal se ha ocupado de lo que ha dicho.

Mal hecho, mal hecho... Silencio absoluto cuando hablen los clericales.

O lo otro; palo á toda hora y con cualquier pretexto. Lo demás es hacerles el juego.

Que allá su prensa sea la que hable de lo que digan y hagan. Y se enterarán próximamente sesenta mil personas en España; Y de qué clase! de la más inferior.

¡El boicotaje! ¡El boicotaje!

Me escribe desde Plasencia (Cáceres) un señor don Manuel Revilla Castan diciéndome que un periódico de aquella localidad le achaca que ha sido redactor de EL MOTIN y hecho ante mí profesión de fe republicana.

Como nada de esto es verdad, pues no conozco ni de oídas á ese señor, lo consigno así; no sin decirle al periódico que le dice tal cosa, en son de desmérito seguramente, que no se le ocurra nunca venir á mí en súplica de que le permita limpiarme las botas, porque le aplicaré una á la parte que más en peligro tienen los niños que concurren á los colegios clericales, aun cuando le conceda con esto una honra en que jamás pudo ni soñar.

Porque indudablemente ese periódico es clerical, palabra sinónima de todas las que significan acciones pueras.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

fray Saturnino. Las tropas rescataron 12 cargas de paños que habían robado.

Los carlistas de Palillos cometen mil desmanes en Montalbano (Cuenca), donde hicieron víctima de los más horribles tratamientos al vecino don Juan Francisco Briones, que casi moribundo fué rescatado por sus parientes mediante 1.000 duros. Al ser batidos estos malvados por el ejército, cayó herido y prisionero un cura que ejercía cargo importante en las filas facciosas.

Por sentencia del Consejo de guerra reunido en Santiago, fecha 7 de Enero de 1839, son condenados por delito de rebelión carlista, á la pena de muerte por traidores, siendo fusilados por la espalda, el cura de Villadabad, el de Entrecruces, el de Traba y el presbítero don Domingo Gregorio Otero; el cura de Oca á confinamiento; al extrañamiento de su parroquia y multa, el cura de Angeriz. Los condenados á muerte fueron indultados.

Los provinciales de Monterrey dan muerte en Cerdal (Orense) á un cabecilla temible por sus atentados en el país, el fraile Juan Maneul Meirinho, de infausta memoria en aquella provincia.

Muere á consecuencia de heridas recibidas en una acción el cura de Malagón, segundo de la partida del feroz Palillos.

El fraile Lucas Murguía se presenta en Cervera excitando al pueblo á levantarse en armas por don Carlos. Huye al llegar las tropas.

En Sodupe (Vizcaya) es hecho prisionero un cura en una acción con otros carlistas.

Es muerto por la columna del provincial de Lugo el cabecilla carlista y fraile Manuel Mayo.

Es derrotado en la villa de Lanciego (Navarra) el cabecilla cura de Allo, logrando fugarse.

Idem en Santa María de Labrada (Lugo), la partida mandada por el fraile Saturnino.

Es apresado en Galicia el fraile Lorenzo Feijóo, jefe de una cuadrilla facciosa.

En el convento de San Francisco de Estella se dividieron las opiniones de los frailes á consecuencia de la propaganda del general García contra Maroto, llegándose á formar entre aquéllos un partido llamado *antimarotista*. Un día, hallándose de paseo, vinieron á las manos, golpeándose con furia unos á otros, con escándalo de las gentes que lo presenciaban, teniendo el guardián que prohibir la entrada en el convento á García y expulsar al cabeza de motín, el padre Leal.

En Matet, pueblo cercano á Segorbe, sorprendió en el mes de Mayo la tropa en la casa del vicario eclesiástico un cajón lleno de zapatos de mujer que había dejado el cabecilla Vizcarro, producto del robo, para que fuesen vendidos.

Prende la tropa al vicario de la Pobleta, que iba en la facción de Gátova.

Es preso un capellán de Manzanera, que iba con la facción de Tonet de Monises.

Muere en Junio el cabecilla cura de Alvarez en el encuentro de su partida con las tropas en Aspay (Lugo).

Es preso en el pueblo de Resoba el fraile cabecilla Murguía, que era por sus atrocidades el terror de la comarca de Palencia. La *Gaceta* encomió en Julio este servicio como uno de los más importantes.

En el mes de Agosto es reducido á prisión el abad de Castillo Nuevo por su influencia en los consejos del carlismo contra la terminación de la guerra.

Para vengar el daño que el clero había producido al país con sus predicaciones, los vecinos de Oyarzun fusilan en el mes de Septiembre á tres curas que se habían distinguido por sus ferocidades.

Del parte del cónsul de España en Bayo-

na dando cuenta de la internación de don Carlos:

«El conde Negri, el feroz Merino, Guibellalde y otros muchos jefes, curas, frailes, etcétera, están llegando á ésta.»

Llenaría un libro si pretendiera indicar siquiera los nombres de los curas y frailes que desde el año 1833 hasta el 1839 tomaron parte en la guerra carlista, cometiendo toda clase de excesos y de crímenes. Por tal razón suspendo aquí la tarea, no sin estampar estos datos, que demuestran la manera que tenían de juzgarlos hasta los carlistas más importantes.

La noche que pasó Zumalacárregui herido en Durango, en el corto y agitado sueño que pudo conciliar, le oyeron los que le velaban las siguientes significativas frases:

«¡Los frailecitos! ¡Ya verá Vuestra Majestad lo que han de hacer los frailecitos!»

Un cura robaba con tal afán y descaro, que Cabrera le formó causa y lo fusiló, á pesar del empeño que pusieron en que lo perdonase los eclesiásticos que componían la mayor parte de su junta de gobierno. Reconvenido por don Carlos, le contestó de este modo: «Señor, yo no he mandado fusilar á un cura, sino á un mal ladrón. En otro tiempo se le habría crucificado, como era uso entonces. Yo los hago pasar por las armas. Con los tiempos cambian las costumbres.»

La opinión estuvo unánime desde el principio en juzgar la conducta del clero.

El general Quesada, moderado, dijo al gobierno desde Pamplona al encargarse el 22 de Febrero de 1834 del Ejército del Norte:

«Si fuera posible separar de este país todos los malos curas y frailes, sería un medio seguro que mejoraría el espíritu público, y por consiguiente se disminuiría la facción; pero conozco que es imposible, pues serían muy pocas las excepciones que se pudieran hacer, empezando por el alto clero de la capital.»

No puede darse testimonio de más autoridad, por haber sido siempre Quesada hombre de ideas tan retrógradas, que sólo le separaba del carlismo la persona de don Carlos.

Tan procazmente conspiraban los clérigos y reclutaban gentes para don Carlos, que el gobernador civil de Zaragoza se vió obligado á escribir: «que si la conducta de los clérigos no cambiaba de fisonomía política y se hacían amar de sus conciudadanos en razón del influjo que ejercían, serían castigados con fieros rigores.»

Se ha hablado tanto sobre la matanza de los frailes, que no está demás repetir aquí lo que la reacción ha procurado y procura ocultar; que tanto en Madrid como en provincias se llevó á cabo únicamente porque ellos sostenían y alentaban la guerra civil.

Diré, en demostración de eso, algo de lo ocurrido en Cataluña.

La noticia de haber sido sorprendido por los carlistas en Julio del 35 un destacamento y asesinados bárbaramente el oficial que lo mandaba y seis soldados, á uno de los cuales, padre de ocho hijos, le crucificaron y le sacaron los ojos por mandato de uno de los frailes que iban en la facción, produjo tal indignación en Reus, que el pueblo atacó los conventos, vengando con la sangre de algunos frailes el crimen de que por excitaciones de sus compañeros habían sido víctimas los soldados y el jefe del destacamento.

Inútil fué la intervención de las autoridades: la excitación de los ánimos era tan grande, tan general la indignación contra la hipocresía clerical, que sólo el hecho de instruir diligencias sobre lo ocurrido hacía temer á las autoridades que se renovasen las sangrientas escenas provocadas por la ferocidad de los frailes carlistas.

La noticia cundió, y á los pocos días Barcelona imitaba el ejemplo de Reus, y á la noticia de haber sido hallado un depósito de armas en un convento de la primera de dichas ciudades, siguió el asalto y el incendio de los dos de carmelitas y otros cuatro. El pueblo respetó los conventos de monjas y los de los frailes que no se hallaban aislados, para evitar que el fuego se comunicara á las casas de los particulares; elocuente testimonio de que el pueblo, ni aun en los instantes de más legítimo y supremo furor, se olvida de la justicia y la equidad.

(Continuará.)

Imp. de T. Rey. Alberto Aguilera, 8